

primera sesión. Hemos dicho ya que el gobierno ruso, en 7 de enero, adhirió de un modo general á los cuatro principios proclamados por los gabinetes de Viena, París y Londres. El debate abrióse, pues, sobre la aplicación de estos principios. Los dos primeros puntos, relativos uno al *protectorado de las provincias moldo-valacas* y otro á la *libre navegación del Danubio*, fueron arreglados sin grave disenso. El 26 de marzo se abordó el tercer punto. Este encerraba un *principio* y una *consecuencia*: el principio, aceptado por todo el mundo, era que el Imperio otomano había de ser independiente: la consecuencia, difícil de hacer aceptar por el representante del emperador moscovita, era que, para asegurar dicha independencia, los armamentos rusos del mar Negro habían de ser suprimidos ó disminuídos al menos.

Aquí empezaron las dificultades. Después de haber desplegado mucho arte en velarlas, no hubo más remedio que ir al fondo de las cosas. El Sr. de Buol invitó al príncipe Gortchakof á exponer sus miras «sobre el mejor medio de llegar á una justa ponderación de las fuerzas navales en el mar Negro.» Puesto en el caso de tener que consumir él mismo su sacrificio, el enviado ruso se esquivó diciendo que nada tenía que proponer. Bourqueney, representante de Francia, declinó á su vez toda iniciativa, y otro tanto hizo el plenipotenciario inglés. El turco declaró modestamente que se adheriría á las decisiones de París y Londres tan pronto como las conociera. Después de debatirse la cuestión, se acordó que el príncipe Gortchakof pidiese instrucciones á San Petersburgo y que, mientras tanto, se descansaría. Eran quince días de respiro, quince días durante los cuales los soldados de Austria permanecerían descansando sobre las armas en Transilvania. Rusia no quería otra cosa. Tal fué la sesión del 26 de marzo.

Francia é Inglaterra estaban muy interesadas en esta tercera garantía. Cada uno de los cuatro puntos no preocupaba en grado igual á las potencias aliadas. Austria deseaba apartar á Rusia de los Principados y asegurar la libre navegación del Danubio: arreglados estos dos asuntos, se verán los ardores decrecientes de su celo belicoso. Los turcos querían abolir todo protectorado moscovita sobre los cristianos griegos. Destruir la preponderancia rusa en el mar Negro era la idea dominante en París y en Londres (1). La negociación pareció tan importante que Drouyn de l'Huys resolvió tomar personalmente la defensa de los intereses de su país. Lord John Russell, secretario de Estado de las colonias en el gabinete de lord Palmerston, había sido agregado al embajador ordinario de la Gran Bretaña, lord Westmoreland, y se encontraba desde el 4 de marzo en la capital de Austria. Anunciábase además la próxima llegada del ministro de Negocios extranjeros turco. Por el rango de los personajes acreditados, la conferencia se transformaba en un verdadero congreso, y la cuestión relativa al régimen del mar Negro dominaba al extremo de hacer olvidar á las demás.

Antes de marchar á Viena, Drouyn de l'Huys creyó

(1) Véase el despacho de 20 de enero dirigido por Drouyn de l'Huys al Sr. de Bourqueney (*Les Quatre ministères de M. Drouyn de l'Huys*, por M. Bernard d'Harcourt, pág. 102.)—Véase Instrucciones de lord Clarendon á lord Russell (*Eastern Papers*, parte XVI, págs. 1 y 3.)

conveniente ir á Londres, donde llegó el 29 de marzo. El día siguiente celebróse un gran consejo al cual asistían lord Palmerston, primer lord de la Tesorería, lord Clarendon, jefe del *Foreign Office*, lord Panmure, ministro de la Guerra, Walewski, embajador de Francia, y el anciano lord Lansdowne. Después de una larga deliberación, se adoptó el siguiente plan: Se invitaría al Austria á proponer á Rusia la *neutralización del mar Negro*, es decir, la supresión de todo aparato militar así en este mar propiamente dicho como en el mar de Azof. Por penoso que fuese el sacrificio, no se creía que el honor moscovita impidiese aceptarlo. Había ejemplos de estipulaciones parecidas; recientemente, el zar había obligado al gobierno de Teherán á hacer desaparecer su pabellón de guerra de las aguas del mar Caspio. Sin embargo, se quería prever el caso en que Austria considerase aquellas exigencias demasiado duras; en esta hipótesis, se procedería á una combinación subsidiaria que consistiría en pedir á Rusia, por mediación de Austria, no la supresión si no la *limitación de sus fuerzas en el Euxino*. Se insistiría sobre todo para que el gabinete de Viena tomase por su cuenta esta proposición, la transformase en *ultimátum* y se declarase dispuesto á la guerra si no era acogida.

Bien determinado este plan, nada retenía ya en Londres al Sr. Drouyn de l'Huys. El 6 de abril estaba éste en Viena. Encontró á los miembros de la conferencia muy exaltados de palabra, pero inactivos, como de costumbre. El príncipe Gortchakof esperaba aún sus instrucciones. Era la época de las fiestas de Pascua y no convenía que rusos ortodoxos emplearan tan santos días en profanas ocupaciones. La diplomacia vacaba, pues, pero sus vacaciones eran algo agitadas y febriles. Todo el mundo, incluso el enviado moscovita, reclamaba una solución.

A su llegada Drouyn de l'Huys conferenció con el jefe del gabinete austriaco. Este primer encuentro le dejó poco satisfecho. Sin vacilación alguna, el Sr. de Buol rechazó la idea de *neutralizar el mar Negro*: Rusia no la aceptaría y era superfluo proponérsela. En cuanto al *sistema de la limitación*, el ministro vienés estaba dispuesto á sostenerlo. Pero ¿lo sostendría hasta la guerra? Aquí su lenguaje era premioso; daba esperanzas, pero no seguridades, y se aplicaba sobre todo á guardar su libertad. En las entrevistas siguientes, el señor de Buol dejó entrever algo más sus miras, pero sin descubrirlas del todo. Su política era un compuesto de benevolencia, de timidez y sobre todo de egoísmo. El gobierno austriaco había obtenido satisfacción por lo que tocaba á los dos primeros puntos: esperaba que el cuarto se arreglaría también amistosamente: en tales condiciones, ¿había que empeñarse en la lucha por solo el punto tercero?

Lo que no podía obtener del ministro, Drouyn de l'Huys trató de obtenerlo del soberano. El emperador Francisco José recibió al negociador con benevolencia, pero también con una gravedad pensativa. Diferentes veces ponderó los beneficios de la paz como para marcar sus preferencias. Con respetuosa franqueza, el plenipotenciario francés insistió sobre la indivisibilidad de las estipulaciones convenidas entre los tres gobiernos: hacer triunfar las unas y despreñar luego las otras, sería aniquilar el convenio del 2 de diciembre. Para su-

vizar su osadía, Drouyn de l'Huys celebró las ventajas de una inteligencia íntima entre Francia y Austria. «El gran problema, dijo, está en dominar á la Revolución sin el auxilio de Rusia y en contener á Rusia sin el auxilio de la Revolución: con el acuerdo de ambos pueblos, la solución está encontrada... Lo que me ha traído á Viena no es tanto el deseo de hacer la paz con el zar como el de consolidar y fecundizar la alianza con Austria.» El joven emperador no contestó, ya porque la insinuación le cogiese desprevenido, ya porque la alianza que se le ofrecía le pareciese precaria ó engañosa. Quizá le tenía disgustado el tratado reciente de las potencias occidentales con el Piamonte. Volviendo al objeto preciso de su misión, Drouyn de l'Huys quiso medir de nuevo la buena voluntad austriaca y propuso un convenio militar eventual. «Esperemos que haya concluido la negociación,» contestó el monarca. Era evidente que Austria consentía en hacer presión sobre Rusia, pero que su concurso pasaría difícilmente de aquí (1).

En esto llegó, el 16 de abril, un correo de San Petersburgo á la embajada rusa. Eran, sin duda, las instrucciones esperadas. El 17, fué convocada la conferencia. La reunión era verdaderamente solemne, y la presencia de tantos personajes eminentes, parecía presagiar una deliberación importante. Invitóse al príncipe Gortchakof á que expusiera las intenciones de su gobierno. El príncipe tomó entonces la palabra, declaró con la mayor tranquilidad del mundo que, en efecto, había recibido un mensaje de su corte, pero que estas instrucciones le prescribían que no emitiese ningún parecer, que no formulase ningún proyecto y que dejase la iniciativa á los plenipotenciarios de las potencias aliadas. A pesar de las conveniencias diplomáticas, estallaron algunos murmullos. «¡No valía la pena de esperar ocho días!» exclamó Drouyn de l'Huys. El príncipe Gortchakof, siempre cortés, se excusó como pudo: alegó las distancias, deploró los retrasos y se declaró deseoso de acabar; después de lo cual añadió, no sin razón, que no le tocaba á su soberano marcar la medida de sus sacrificios. «Sin duda, interrumpió lord John Russell; pero si quisimos que las proposiciones viniesen de San Petersburgo fué por deferencia á Rusia: pensamos que ella podía juzgar mejor que nadie las concesiones que no lastimarían su honor.—Una gran potencia no consiente en limitar sus fuerzas, sino después de grandes reveses, y no nos encontramos en este caso,» replicó Gortchakof.

Todo presagiaba un fracaso. Sin embargo, los plenipotenciarios franceses y británicos no renunciaron á exponer el plan concertado en Londres. En 19 de abril propusieron un sistema de limitación que reducía á cuatro navíos, cuatro fragatas y un número proporcionado de buques ligeros las fuerzas respectivas de Rusia y Turquía en el mar Negro. Drouyn de l'Huys y lord John Russell apelaron á todos los argumentos posibles para convencer al enviado ruso. Este los escuchaba distraídamente, como si pensara en otra cosa. Después volvióse hacia el ministro austriaco y le dijo: «En caso de que Rusia se niegue á aceptar toda limitación de sus fuerzas en el mar Negro, ¿el gabinete de Viena apelaría á las armas?» El conde Buol escurrió el bulto

(1) Informes del Sr. Drouyn de l'Huys al emperador Napoleón III (*Les quatre ministères*, págs. 125 y siguientes).

diciendo: «Austria apoya el proyecto en discusión; por lo demás, mi señor el emperador se reserva su libertad.»

Creíase en una negativa inmediata; pero, contra lo que todo el mundo esperaba, el príncipe Gortchakof pidió cuarenta y ocho horas para reflexionar. Transcurrido este plazo, asistió de nuevo á la conferencia para rechazar decididamente todo *sistema de limitación*. Pero su espíritu, fecundo en recursos, le había sugerido una contraproposición, que consistía en abolir el tratado de 1841 y abrir el Bósforo á los pabellones de todas las marinas; es decir, el *mare apertum*. Como esta combinación causó mucha sorpresa y encontró poca aprobación, el príncipe retiró su plan sin amor propio de autor, y substituyéndolo por un proyecto enteramente contrario, propuso proclamar el cierre de los estrechos, salva la facultad, para el sultán, de abrirlos cuando se considerase amenazado; es decir, el *mare clausum*. *Mare apertum* ó *mare clausum*, poco le importaba al príncipe con tal de ganar tiempo y de que Austria permaneciese encadenada. La maniobra era demasiado visible para engañar á nadie, y, sin tratar el cuarto punto, los representantes de las potencias occidentales declararon agotadas sus instrucciones.

Oficialmente, la negociación había concluido por un aborto. Pero si no se consultasen más que las actas de las conferencias, no se tendría sino una idea incompleta de las gestiones practicadas. Entre sesiones, el conde Buol había reunido en su casa, en conciliábulos íntimos, á sus colegas de Francia é Inglaterra, y como preveían las obstinadas resistencias de Rusia, habían elaborado á puerta cerrada una especie de sistema medio, sutil, complicado, apenas inteligible, de tal modo habían borrado los tintes á fuerza de querer combinarlos. Los más optimistas se aferraron al plan como á una postrera esperanza de llegar á la paz ó de decidir al menos el concurso tan diferido de Austria. Falta referir este último y oscuro epílogo de las Conferencias de Viena. Pero antes importa decir cuáles eran las ideas que entonces dominaban en París y en Londres, y qué clase de preocupaciones se mezclaban con las inquietudes de las negociaciones diplomáticas.

V

Un gran proyecto absorbía entonces á Napoleón III, haciéndole olvidar todo lo demás. Hemos explicado sus dudas acerca de la dirección del sitio de Sebastopol, sus impaciencias y sus temores de que las órdenes de los jefes careciesen de vigor y de unidad. No tardó en persuadirse de que su presencia en el teatro de la guerra era lo único que podía dar esta unidad al mando é imprimir á las operaciones una marcha decisiva. Afirmandose en esta idea, había confiado, en una carta del 26 de febrero, sus proyectos á lord Palmerston. Un supremo esfuerzo, decía, y tan sólo un supremo esfuerzo podría terminar la empresa; en cuanto á él, estaba resuelto á ir á Crimea y á doblar el número de sus tropas, con la sola condición de que Inglaterra se encargase de los transportes.

La confidencia era demasiado grave para que el secreto no se trasluciese un poco. Entre los consejeros de la reina la impresión fué viva. La presencia de Napoleón III en Crimea disminuiría el papel ya demasiado

desairado del ejército británico; quizá también las combinaciones militares del monarca francés inspiraban algún recelo. Como el emperador había de ir al campo de Boloña, lord Clarendon fué á encontrarlo allí con la esperanza de hacerle desistir de su proyecto. El hombre de Estado inglés se guardó muy bien de combatir directamente los propósitos del soberano; contentóse con enumerar los obstáculos, abultándolos un poco, á fin de asustar al espíritu del príncipe, que ignoraba los detalles materiales. «He hablado, dijo de regreso en Londres, como un contratista de transportes.» «No podemos embarcar para Crimea más de 10.000 hombres cada mes, hacía observar lord Clarendon. Si Vuestra Majestad parte ahora, se verá reducido á la inacción, esperando los refuerzos que no pueden llegar en seguida. Y el emperador no puede moverse sino para dar el último golpe de mano.—Eso es, repuso el emperador haciendo hincapié en la frase; eso es, el último golpe de mano.—Sin duda; una vez dispuesto todo, se necesitarán al menos cuatro meses para terminar la campaña, por feliz que sea.—¡Ah!, replicó Napoleón, tengo que estar de vuelta en mayo.» Lord Clarendon, con una reserva estudiada, se aventuró á exponer las susceptibilidades de la opinión inglesa; pero el emperador le interrumpió vivamente, exclamando: «El honor de la bandera inglesa será mi primera consideración antes que el mío (1).» Al final de la entrevista el soberano parecía preocupado, pero no convencido. Era propio de su carácter acariciar largo tiempo sus proyectos, desecharlos y volverlos á emprender de pronto cuando se les creía abandonados.

Los proyectos imperiales no tardaron en ser públicos. El 28 de marzo, el mariscal de Castellane escribió á uno de los oficiales superiores del ejército de Oriente: «Afirmar que la partida del emperador para Crimea tendrá efecto el 15 de abril: dicen que Su Majestad pasará por Viena y se embarcará en Trieste (2).» En esto, uno de los ayudantes del príncipe, el Sr. de Beville, había llegado á Constantinopla, donde visitó varios palacios, como para escoger de antemano la instalación del emperador. En el campamento francés la gran noticia causó menos alegría que sorpresa. Ciertamente es que la bondad de Napoleón y su constante solicitud por las tropas le habían granjeado la estimación general; pero, por más que se hubiese apresurado á ponerse el uniforme, se le consideraba como extraño al ejército; se desconfiaba sobre todo de su estrategia, y en las conversaciones de los Estados mayores se reían sin rebozo de las augustas combinaciones elaboradas en las Tullerías. En París fué donde la impresión pública ofreció más interés. Vióse entonces cuán frágil era, á pesar de su aparente brillo, aquella dinastía sin posteridad. Al primer anuncio del proyecto, entre las personas que rodeaban al monarca, estalló un inmenso rumor de desaprobación y de inquietud. Los servidores del príncipe, generalmente muy prontos á combatir, se reunieron esta vez en un acuerdo unánime; y el caso es bastante raro para que valga la pena de consignarlo.

¿Qué iba á suceder en el interior durante la ausencia del soberano? ¿Cuáles serían las condiciones y la suerte

de la regencia? ¿Y si el regreso del emperador se retrasase? ¿Si sufriese algún revés? ¿Si sucumbiese en la empresa? Así hablaban los altos funcionarios del reino, ansiosos hasta el enloquecimiento. «A toda costa, decía Persigny á lord Malmesbury, hay que impedir que el emperador vaya á Crimea, aunque para esto tenga que firmarse la paz; porque si va, el ejército está perdido y habrá una revolución (3).» No era que la Constitución no hubiese designado un heredero al emperador. Pero la presencia de aquel heredero, lejos de calmar las inquietudes, las redoblaba. «Si el emperador parte, decían unos, es necesario que se lleve al menos al príncipe Napoleón.—O que le encierren en Vincennes,» añadían otros. Tal es, hasta en sus mejores días, la inestabilidad de las monarquías accidentales.

El viaje á Crimea no era tan urgente que no hubiese de precederle otro menos peligroso. Comprometidos en una gran empresa común, los soberanos de Francia é Inglaterra tenían interés en concertar directamente sus planes; y tenían aún mayor interés en afirmar en presencia de sus enemigos su indisoluble unión. Se había resuelto que el emperador y la emperatriz irían á Londres y pasarían unos cuantos días con la reina en el castillo de Windsor. Las entrevistas reales no eran, como hoy, cosa común, y aquella visita despertaba viva curiosidad. El 16 de abril, Napoleón y su joven compañera desembarcaron en el suelo británico. Los ingleses, en las ocasiones solemnes, saben vencer su ordinaria reserva y, cuando la condición de su huésped halaga su amor propio, despliegan una cordialidad sencilla y magnífica. Al monarca francés le estaba reservado un recibimiento de esta clase. En Douvres como á su llegada á Londres la recepción fué cortés y afectuosa; y en las calles de la ciudad y en el muelle de Paddington las aclamaciones estallaron varias veces. Una hora después aparecían á la vista de los viajeros las viejas torres de Windsor. Nada se había omitido para agradar á los augustos huéspedes ó inspirarles un elevado concepto del poderío británico. Al día siguiente, una aparatosa revista hizo pasar por delante de los ojos del emperador varios de los soberbios regimientos del ejército inglés: en las filas figuraban algunos de los heridos de Crimea, y su presencia atraía las simpatías de la multitud; señalábase principalmente á lord Cardigan, el antiguo jefe de la brigada ligera, el héroe de la carga de Balaklava. A la revista siguieron los festejos: bailes, representación de gala, visita al Palacio de Cristal... Una ceremonia exclusivamente inglesa se añadió á las fiestas imperiales: la reina presidió un solemne capítulo de la Jarretera y entregó ella misma al emperador las insignias de esta orden famosa. La ciudad de Londres quiso recibir á Napoleón, y, en 19 de abril, le obsequió con un banquete en Guildhall. Aquel día el pueblo inglés poseyó verdaderamente á su huésped; en Whitehall, en Strand, en Temple-Bar, en las inmediaciones de la Cité, un gentío inmenso se agolpó al paso del cortejo imperial. La afabilidad del príncipe y su actitud modesta en tan alta fortuna le conquistaron los corazones; habiéndole saludado varias comisiones, tuvo buen cuidado de contestarles en inglés, y esta atención acabó de captarle las simpatías. No hubo ninguna manifestación hostil: los

únicos que hubieran podido intentar una eran los refugiados franceses; pero se ejercía sobre ellos una estrecha vigilancia; sus jefes habían salido de Londres, ya para declinar de antemano toda responsabilidad, ya para substraerse á un espectáculo odioso.

En medio de todas aquellas pompas, el emperador parecía á veces distraído, como si sus recuerdos le hu-

su sorpresa: «¿No es sorprendente, escribía, que yo, nieta de Jorge III, baile en el salón de Waterloo con el emperador Napoleón, sobrino del mayor enemigo de Inglaterra, hoy mi íntimo aliado, que hace ocho años vivía en este país desterrado y desconocido (1)?»

Las diversiones no hacían olvidar los negocios, y de todos los negocios el de más urgencia era el de Oriente.



La reina Victoria colocando á Napoleón III las insignias de la orden de la Jarretera

biesen sumido en el pasado. Se le veía pasear la mirada por la muchedumbre, buscando alguna cara conocida, sin duda algún compañero de emigración; dos ó tres veces señaló con el gesto á la emperatriz las casas por delante de las cuales pasaban; eran aquellas que había habitado ó que le habían sido más hospitalarias durante su destierro. Estos pensamientos del emperador coincidían con los de la reina Victoria y del príncipe Alberto, quienes también pensaban silenciosamente en los caprichos del destino que habían encumbrado al príncipe al rango supremo y hacían de un Bonaparte el huésped aclamado del pueblo inglés. Aquella misma noche, la reina Victoria consignó en su diario la expresión de

¿Iría el emperador á Crimea? Esta preocupación era tan viva que se mostró hasta en medio del esplendor de las fiestas. Durante una de las comidas de Windsor, Napoleón confió á la reina sus inquietudes acerca del sitio de Sebastopol. «Quisiera ir allá, dijo, por temor de que nuestros generales no se atrevan á asumir responsabilidades.» La soberana alegó los cuidados de la política interior, las distancias y el peligro. «La distancia es grande, replicó el emperador, es verdad, y esto es lo que me asusta; en cuanto al peligro, añadió con resignada melancolía, está en todas partes (2).» El 18 hubo consejo. Lord Palmers-

(1) *Journal du prince Albert*, 6 marzo (*Life of the prince Consort*, por Teodoro Martin, tomo III, págs. 232-233).

(2) Carta al general Cler (Correspondencia inédita).

(3) *Mémoires of an ex-minister*, tomo II, pág. 14.

(1) *The life of the prince Consort*, tomo III, pág. 245.

(2) *The life of the prince Consort*, tomo III, pág. 241.

ton, lord Panmure y lord Cowley, que asistían á él, se pronunciaron enérgicamente contra la ida. Por vivos que fuesen sus temores, las inquietudes de los franceses que habían acompañado al príncipe eran mayores todavía. Lejos de censurar la oposición de los ingleses, la estimulaban. Una tarde, hablando con el mariscal Vaillant, la reina le dijo en tono de confidencia: «Me he atrevido á hacer algunas observaciones.—Atrevedos, os lo suplico, replicó el mariscal; cuando se está unidos hay que hablar claro. Si el emperador tuviese un fracaso, las consecuencias serían terribles. *Nos hemos embarcado en el mismo barco*, añadió familiarmente, y tenemos que guardarnos de los mismos peligros (1).»

Los ilustres viajeros regresaron á Francia sin que el emperador, siempre impenetrable, hubiese revelado el fondo de sus pensamientos. La marcha á Oriente, varias veces anunciada y desmentida, era para la prensa de toda Europa objeto de comentarios infinitos. Circulaban los rumores más fantásticos, y, por extravagantes que fuesen, los mismos diplomáticos no siempre desdenaban consignarlos. «Afirmar, escribía de Francfort el Sr. de Bismarck, que el emperador Napoleón irá á Crimea para meter á los generales en cintura, y luego, si Sebastopol no se deja tomar, llevará su ejército á Constantinopla para recoger la sucesión de la Puerta y fundar un imperio latino. La empresa es *extravagante*, añadía el estadista prusiano como para excusar su credulidad, pero por lo mismo es verosímil (2).»

En esto sobrevino un acontecimiento que, sin tener ninguna relación directa con la expedición de Crimea, proporcionó á los partidarios de la prudencia un argumento muy oportuno.

El 28 de abril, á cosa de las cinco de la tarde, Napoleón había salido de las Tullerías á caballo para ir al bosque de Boloña. Había pasado ya la glorieta de los Campos Elíseos, cuando se vió á un hombre pasar de la acera derecha al arroyo y dirigirse hacia el soberano. Los agentes de policía creyeron que aquel hombre era portador de algún memorial y se apresuraron á apartarlo. Pero antes de que lo hubiesen podido alcanzar, el desconocido sacó de su bolsillo una pistola y disparó sus dos tiros. El emperador había resultado ileso. Con aquella calma impasible que raramente le abandonaba, tranquilizó á la muchedumbre que había acudido á su paso, y sin acelerar ni moderar su marcha, continuó su paseo. El asesino había sido detenido en el acto. Un pasaporte que llevaba encima hizo creer que se llamaba Antonio Laverani; pero pronto se averiguó que era un joven de veintiocho años, natural de los Estados romanos y llamado Pianori. Fué juzgado, condenado á muerte y ejecutado. Durante la instrucción, en la audiencia y hasta al pie del patíbulo, negó que tuviera cómplice alguno y afirmó que su intento no había tenido más instigador que su propia voluntad. Interrogado sobre el móvil de su crimen, dijo que «había obrado así porque el emperador hizo la campaña de Roma y arruinó á su país.»

El atentado de aquel miserable tuvo una consecuencia tan importante como imprevista. Demostró en el momento más oportuno que las coyunturas, graves en el exterior, no lo eran menos en el interior. Decididamente el partido revolucionario no había abandonado

la lucha, y era esencial que la vigorosa mano de Napoleón estuviese siempre dispuesta á reprimirlo; una larga ausencia expondría á Francia á toda clase de peligros, y quizá á las facciones. Con más ardor que nunca, los familiares de las Tullerías volvieron á su tema favorito, y esta vez la tentativa reciente pareció comunicar á sus palabras una gran fuerza de oportunidad. Por último fueron escuchados. Los proyectos de viaje no recibieron contraorden, pero fueron aplazados, tan aplazados, que pronto no volvió á hablarse de ellos.

VI

Vamos á referir ahora el último episodio de las negociaciones de Viena.

El lector ha visto las repugnancias invencibles de Rusia por la neutralización del mar Negro y hasta por toda limitación de sus fuerzas en este mar. Mucho antes de que el príncipe Gortchakof hubiese formulado su contestación oficial, era fácil adivinarla. En la previsión muy probable de un fracaso, el Sr. de Buol se había provisto de una solución subsidiaria. Negociador de doble lenguaje, sostenía en las conferencias las miras de las potencias occidentales, y en sus conversaciones particulares, lo mismo que en sus despachos, trazaba el esbozo de un nuevo plan destinado á substituir al plan primitivo tan pronto como éste fuese decididamente desechado. Esta combinación consistía en contener por medio de su *sistema de contrapesos* las fuerzas rusas en el Euxino. Se tomaría por base el estado de la marina rusa en un momento determinado, y no podría aumentarse el número de barcos existentes entonces. Si Rusia aumentase su efectivo, Turquía tendría derecho á aumentar también su marina en iguales proporciones. Además, las potencias aliadas, Francia, Inglaterra y Austria, tendrían en este caso la facultad de hacer entrar cierto número de buques en el Euxino. A fin de no herir el amor propio del zar, el convenio sería directamente concluído entre Turquía y Rusia. Tal es el plan que el Sr. de Buol hizo exponer varias veces en Londres y que expuso él mismo, aunque no en términos idénticos, en largas entrevistas con los plenipotenciarios de Francia é Inglaterra. En este sistema lleno de ambigüedades y de complicaciones había sobre todo una cuestión que permanecía incierta: ¿Qué momento se elegiría para fijar el efectivo de las fuerzas rusas? Equitativamente no se podía tomar como punto de partida más que el efectivo á flote al fin de la lucha, porque si se hubiese adoptado por base de evaluación el estado existente antes de la guerra, se hubiera resucitado aquella formidable marina que en noviembre de 1853 aniquiló á Sinope y sembró el terror en la costa del Asia. Sobre este punto tan importante, el Sr. de Buol no se explicaba claramente. Lo que él prefería, según manifestaba á los diplomáticos franceses é ingleses, era la limitación pura y simple: sólo á falta de la limitación había imaginado el *sistema de los contrapesos*. Daba, empero, á comprender que, en caso de que esta combinación fracasara, buscaría una tercera, y quizá una cuarta que, según la expresión irónica de lord John Russell, «se alzaría sobre las cenizas de las otras tres (3).»

(3) Lord John Russell á lord Clarendon, 13 de abril (*Eastern papers*, parte XV, pág. 12).

Por vagos y ondulantes que fuesen estos proyectos, los representantes de Francia é Inglaterra no se atrevían á desecharlos enteramente. Sin duda consideraban muy modesto aquel fruto de una guerra tan grande: aquel sistema de contrapesos les parecía un mecanismo muy sutil, muy poco práctico, muy fácil de falsear ó romper; deploraban, sobre todo, las dilaciones de Austria. «Mientras se trató de los Principados, escribía el plenipotenciario inglés, Austria pudo arriesgar la guerra; pero, una vez ganado este punto, temo que podamos contar con ella (1).» Sin embargo, á pesar de aquellas impresiones pesimistas, lord John Russell y el Sr. Drouyn de l'Huys comprendían cuán grave sería decir la última palabra de las negociaciones y dar á su aliada un plausible pretexto para retirarse de la liza. Nadie podía negar que el arreglo era imperfecto, incompleto, mediocre, nulo; pero si el gabinete de Viena, escapando al fin á sus irresoluciones, se decidía á proponerlo á Rusia en forma de *ultimátum*, resultaría, ó la paz inmediata, ó la continuación de la lucha con un desenlace ya seguro. Tan grande interés parecía privar sobre todo lo demás. Por esto los dos ministros, sin dejar de deplorar la insuficiencia de los proyectos austriacos, los discutían, los examinaban, los pesaban frase por frase en sus sutiles interpretaciones, y por último se penetraban de ellos.

Se penetraron tan bien que se ingeniaron en modificarlos, y después de algunos retoques resolvieron someterlos á sus gobiernos. El plan que el Sr. Drouyn de l'Huys y lord Russell enviaron respectivamente á las cortes de París y Londres se reducía á las disposiciones siguientes: la independencia y la integridad territorial del Imperio otomano serían solemnemente reconocidas; el cierre de los Dardanelos y del Bósforo sería mantenido según las estipulaciones del tratado de 1841; cada uno de los Estados aliados podría, sin embargo, tener estacionadas dos fragatas en el mar Negro; las fuerzas navales de Rusia en el Euxino serían limitadas al efectivo actual; si se aumentase este efectivo, los aliados tendrían el derecho de aumentar á su vez sus fuerzas en la proporción de un buque de cada nación por dos buques rusos; finalmente, en caso de peligro, el sultán se reservaba la facultad de abrir los estrechos. El embajador francés y el británico coordinaban, completándolos, mejorándolos y precisándolos sobre todo, los planes del Sr. de Buol. No dudaban que el Austria, en caso de ser rechazadas tan moderadas proposiciones, tomaría parte en la guerra, siendo definitivamente arrastrada dentro de la órbita de los Estados occidentales; el lenguaje empleado en Viena autorizaba esta conjetura. En esto cifraban su esperanza Drouyn de l'Huys y lord John Russell.

Las desaprobaciones partieron de Londres y de París. Lord John Russell, durante su larga permanencia en Viena, había cedido á la influencia del medio ambiente y sobre todo al deseo de aislar á Rusia. En los consejos de la reina, por el contrario, los pensamientos iban menos hacia Viena que hacia Sebastopol. Cuando el Sr. Colloredo, ministro de Austria en Londres, expuso á lord Clarendon los planes del Sr. de Buol, el jefe del *Foreign Office* acogió con una desaprobación altiva tan

(1) Lord John Russell á lord Clarendon, 16 de abril de 1855 (*Eastern Papers*, part. XV, págs. 10 y 11).

tímido programa. «Nuestra política sería ridícula, dijo, si dejásemos á Rusia su antiguo poderío. El sistema de los contrapesos es ineficaz, porque ni Turquía ni las potencias occidentales pueden consumirse en una perpetua policía del mar Negro. Decididamente, creo que el Austria no quiere proponer sino cosas que Rusia aceptará, y el emperador Alejandro no aceptará nada que no se avenga con las tradiciones ambiciosas de su dinastía.» Semejante lenguaje dejaba presentir la suerte de las proposiciones transmitidas por lord Russell. Como era de esperar, fueron desechadas. Pocos días después lord Russell estaba en Londres, de regreso de Viena, y volvía á ocupar su puesto en el gabinete.

En París el emperador pareció aprobar desde luego la conducta general de Drouyn de l'Huys. En 15 de



Lord John Russell

abril le telegrafió: «Cuanto habéis dicho y hecho está tan bien que no tengo ninguna instrucción nueva que daros.» Cuando conoció en sus detalles el plan concertado entre el Sr. de Buol y los diplomáticos aliados, su lenguaje cambió. Quizá también, durante su viaje á Londres, cedió á la influencia de los hombres de Estado ingleses, deseosos ante todo de debilitar las fuerzas navales rusas en el mar Negro. «Mi opinión es que debemos rehusar y romper,» escribió en 23 de abril á su ministro (2). El mariscal Vaillant, muy hostil á una paz prematura, estimulaba en su soberano el espíritu de resistencia. Drouyn de l'Huys, como lord Russell, salió de Viena, regresó á París, abandonó su cartera y fué reemplazado por Walewski.

Por lo que afecta á la conferencia, al principio se trató de disimular su fracaso. No queda disuelta, se decía en los círculos austriacos; no está más que suspendida, aplazada *sine die*. El Sr. de Buol, firme en sus esperanzas, aún trató de desarrollar su sistema, el *sistema de los contrapesos*, y á las objeciones que surgían de todas partes él contestaba: «El proyecto es de origen francés, son las ideas, son los planes del Sr. Drouyn de l'Huys (3).»

(2) Véase *Les quatre ministères* de M. Drouyn de l'Huys, por M. d'Harcourt, pág. 143.

(3) M. de Buol á M. de Hubner, 20 de mayo de 1855; lord Westmoreland á lord Clarendon, 5 de junio de 1855 (*Eastern papers*, part. XV, págs. 28 y 37).